

L A

Novela Mexicana

POR

Federico Gamboa

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CONFERENCIA LEIDA EN LA "LIBRERIA GENERAL,"
EL DIA 3 DE ENERO DE 1914



MEXICO
EUSEBIO GOMEZ DE LA PUENTE, EDITOR
2^a Calle de Nuevo México, 32
1914

LA

Novela Mexicana

POR

Federico Gamboa

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CONFERENCIA LEIDA EN LA "LIBRERIA GENERAL,"

EL DIA 3 DE ENERO DE 1914



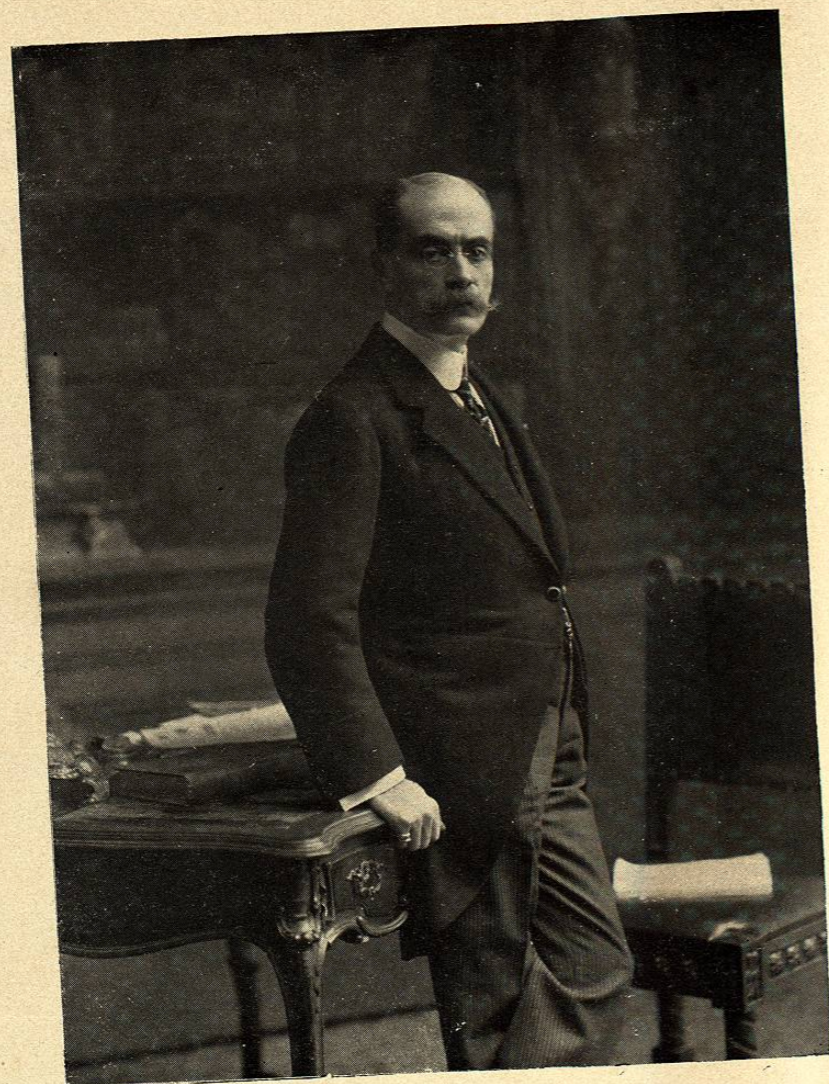
MEXICO

EUSEBIO GOMEZ DE LA PUENTE, EDITOR

2ª Calle de Nuevo México, 32

1914

49610



FEDERICO GAMBOA
C. de la Real Academia Española

LA NOVELA MEXICANA

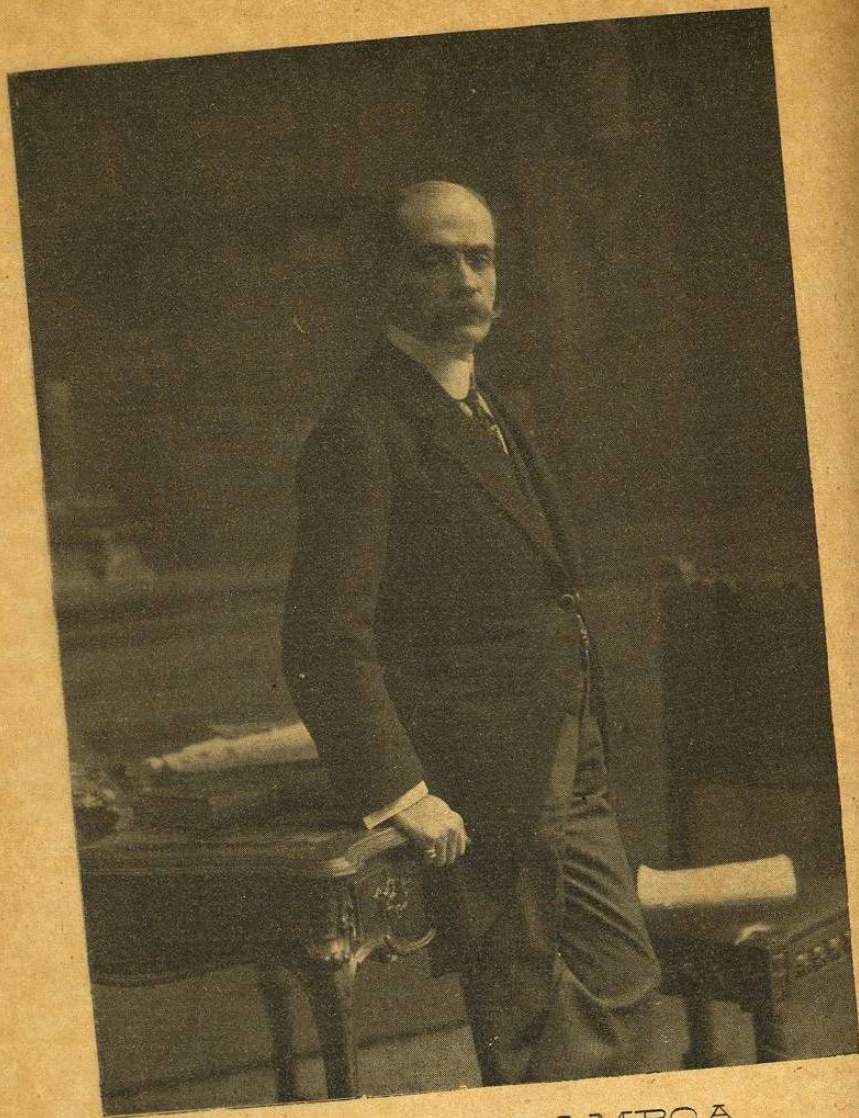
Por lo ilustre de su abolengo y lo rancio de sus orígenes, la novela es acreedora a toda clase de miramientos y respetos, no obstante la mueca despectiva con que suelen acogerla los espíritus frívolos, y el calificativo de literatura poco seria con que en ocasiones obséquianla quienes ignoran o fingen ignorar su alta importancia y su incontrastable trascendencia:

Baste saber, con respecto a la ranciedad de sus orígenes, que, según opina Maspero en su obra «Los cuentos populares del antiguo Egipto,» el primero de ellos, descubierto por Rougé en el 1852, es una novela faraónica, muy semejante a las de las famosas «Mil y Una Noches,» de Galland. A pesar de que en su conjunto dominan los argumentos prodigiosos, en que la magia representa muy principal papel, no escasean, sin embargo, los cuadros de costumbres. Maspero los recogió directamente de los papiros egipcios, y pretende que algunos se remontan a varios centenares de años más allá de los siglos XIII y XIV anteriores a nuestra era.

De ahí que con tanta justicia afirme el sapientísimo Menéndez y Pelayo, que «el relato de casos fabulosos, ya para recrear con su mera exposición, ya para sacar de ellos alguna saludable enseñanza, es género tan antiguo como la imaginación humana.»

El dominio de la novela es inmenso, y autoridades en la materia ya lo han considerado más vasto aún que el de la historia, con serlo tanto. Fúndase la aseveración en el hecho de que cualquiera realidad suministrada por aquélla, puede volverse objeto de trabajo imaginativo y proporcionar múltiples elementos a las innumerables combinaciones de su capricho. No existe, en literatura, género ninguno a cuya vera no pueda colocarse la novela, y

—G. Vapereau, *Dictionnaire des Littératures*.



FEDERICO GAMBOA
C. de la Real Academia Española

LA NOVELA MEXICANA

Por lo ilustre de su abolengo y lo rancio de sus orígenes, la novela es acreedora a toda clase de miramientos y respetos, no obstante la mueca despectiva con que suelen acogerla los espíritus frívolos, y el calificativo de literatura poco seria con que en ocasiones obséquianla quienes ignoran o fingen ignorar su alta importancia y su incontrastable trascendencia.

Baste saber, con respecto a la ranciedad de sus orígenes, que, según opina Maspero en su obra «Los cuentos populares del antiguo Egipto,» el primero de ellos, descubierto por Rougé en el 1852, es una novela faraónica, muy semejante a las de las famosas «Mil y Una Noches,» de Galland. A pesar de que en su conjunto dominan los argumentos prodigiosos, en que la magia representa muy principal papel, no escasean, sin embargo, los cuadros de costumbres. Maspero los recogió directamente de los papiros egipcios, y pretende que algunos se remontan a varios centenares de años más allá de los siglos XIII y XIV anteriores a nuestra era.

De ahí que con tanta justicia afirme el sapientísimo Menéndez y Pelayo, que «el relato de casos fabulosos, ya para recrear con su mera exposición, ya para sacar de ellos alguna saludable enseñanza, es género tan antiguo como la imaginación humana.»

El dominio de la novela es inmenso, y autoridades en la materia¹ ya lo han considerado más vasto aún que el de la historia, con serlo tanto. Fúndase la aseveración en el hecho de que cualquiera realidad suministrada por aquélla, puede volverse objeto de trabajo imaginativo y proporcionar múltiples elementos a las innúmeras combinaciones de su capricho. No existe, en literatura, género ninguno a cuya vera no pueda colocarse la novela, y

¹-G. Vapereau, *Dictionnaire des Littératures*.

utilizar sus medios de acción. Caben desahogadamente dentro de ella, y han cabido de hecho: la epopeya, con su maravillosa médula; la tragedia y el drama, con sus terrores; la comedia, con sus sátiras o su regocijada alegría; el poema didáctico, con sus enseñanzas; el idilio, con su pureza y delicada gracia; la filosofía, con su moral y hasta sus arideces; las religiones, con sus dogmas; la política, con su envilecimiento, su doblez y sus implacabilidades; la ciencia, con sus descubrimientos y doctrinas, y muy principalmente la historia en todas sus modalidades, desde las menudas anécdotas de la tradición y de la crónica, hasta las magnificaciones populares de la leyenda. Por donde resultaría prolijo e inacabable enumerar las posibles subdivisiones de la novela, que puede ser heroica, histórica, pastoril, social, religiosa, picaresca, de aventuras, de intriga, de costumbres, íntima, descriptiva, pedagógica, poética, idealista, romántica, realista, de tesis, y últimamente, de ideas, así denominadas en Francia, las más notables novelas de hoy, como las del exquisito Anatole France, por ejemplo. Hay quien opine que «la novela y el teatro mismo, todas las formas narrativas y representativas que hoy cultivamos, es decir, «la poesía objetiva del mundo moderno, cada vez más ceñida a los límites de la realidad actual, cada vez más despojada de su fondo tradicional, no son sino la antigua epopeya destronada.»¹

Como la presente conferencia no va encaminada a disertar sobre la novela universal, sino sobre la novela y los novelistas mexicanos, quédese para otros labios, mejores preparaciones y próxima ocasión la reseña de su venida al mundo, de su crecimiento y desarrollo, y de la larga vida a que se encuentra llamada.

Diversas son las razones que opusieron a que en la Nueva España—mientras vivió al dilatado y agrídulce amparo de su metrópoli,—no digo se cultivara, siquiera se conociese la novela.

Ni los Conquistadores bajo sus yelmos y armaduras, que respectivamente les aherrojaban cerebros y corazones; ni los Misioneros, bajo sus capillos y sayales, dispusieron de vagar y ánimos para dedicarse a empresas de esta finura, ni sabían de enjundias de ese linaje, ni aun cuando de ellas supiesen, habríales convenido propagarlas. Los Conquistadores, paupérrimos en letras, con sus hazañas remataron la epopeya más portentosa quizá que han presenciado los siglos; y los Misioneros, millonarios de misericordias, endulzaron, divinamente, los estragos y horrores que a su

¹—M. Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela*

paso sembraban aquellos hombres barbados y blancos, venidos de donde sale el sol, los dominadores invencibles anunciados en las indianas profecías. Las cruces de sus espadas tajantes consumaban matanzas tales, perpetraban hecatombes tantísimas, que las cruces de los sacerdotes, sólo porque simbolizaban el Leño Santo, pudieron consolar orfandades y viudeces, minorar los duelos, restañar las sangres y aplacar a los espíritus acongojados frente a aquellos inauditos desmanes que los privaban de patria, de existencia, de hacienda y de honra, e incrédulos a los comienzos, de que en la tierra hubiese algo real, más grande y más noble que la venganza y el odio: el perdón!, y algo ideal, más consolador y duradero que todos los desafueros y que todas las tiranías: la esperanza en Dios!

A la zaga de la conquista exterminadora,—siempre las conquistas lo fueron, y siempre continuarán siéndolo, en tanto nuestra flaca humanidad persista en practicarlas, aunque les varíe nombres y pretextos,—establecióse la Colonia, codiciosa y dura, consagrada a menesteres muy otros del que las letras persiguen y logran. De los sesenta y dos virreyes que aquí gobernaron del año 1535 al 1821, para los indígenas del virreinato los progresistas y suaves fueron los menos, que tal es, por desgracia, la característica de todas las dominaciones. De la enorme galería, que inaugura el comendador don Antonio de Mendoza y que cierra don Juan O'Donojú, destácase con singular relieve, entre algunos más, el segundo Conde de Revillagigedo don Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, quincuagésimosegundo Virrey de estos dominios, en los que ejerció mando benéfico e inteligentísimo desde octubre del 1789 hasta marzo del 1794. Varón tan connotado, protegió las ciencias, instituyó la enseñanza de la botánica y de la geografía, mucho alentó el estudio de las antigüedades mexicanas, plantó escuelas en diferentes ciudades y nombró profesores entendidos en la «Academia de las Nobles Artes de San Carlos de la Nueva España,» que es como en la fecha de su apertura, 4 de noviembre de 1785, se apellidó oficialmente aquel instituto.

De los gobernantes y autoridades restantes, y cuenta que hubo generales y marqueses, obispos y audiencias, oidores y escribanos, inquisidores y caballeros, pocos son comparables, y eso en menor escala, al honorable Pacheco de Padilla; y ni éste, dadas sus luces y sanas intenciones, pudo fomentar la difusión y estudio de las bellas letras. Con ello no se desconoce ni pone en tela de juicio que de entre la prolongada teoría de funcionarios colo-

niales los hubiera doctos, literatos, sabios, humanistas muchos, no obstante su incompleto humanitarismo hacia criollos, indios y mestizos. En su gran mayoría, arribaban aguijoneados por inmensa codicia, con el oculto designio de apañarse una fortuna en el menor lapso de tiempo y tornar a gozársela en sus lares. Conste a este propósito, que de ellos descendo yo y que mi culto a España es público y notorio.

Pero aun suponiéndolos a todos animados de los mejores intentos, malamente habrían acertado a traer en las reconditeces de sus ánimas, en los repliegues de sus ferradas maletas cordobesas o en los cajones secretos de sus «Vargueños» lo que la propia Península no podía darles en aquel entonces, a raíz del descubrimiento de América, por hallarse saturada de literatura andantesca con los libros de caballerías, al fin sucesivamente anonadados por la magnífica aurora intelectual del Renacimiento, y por el advenimiento de ese prodigio inconmensurable que se llama «El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha,» del no menos ingenioso ni menos hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra, que fué y es, según el grandilocuente y legítimo calificativo de Menéndez y Pelayo, «monarca del género novelístico en la literatura del mundo.» El «Quijote» inauguró, sin disputa y con inmarcesible gloria, el ciclo de la novela moderna. De la toma de la ciudad de Tenochtitlán por Cortés y su hueste, a la primera salida del soñador manchego, apenas si corrieron ochenta y pico de años.

Del siglo de oro para las letras españolas, nada benefició ésta su rica colonia ultramarina, por dos razones: primera, porque la metrópoli prohibió que los libros entrasen en ella, y segunda, porque, dando por inexistente aquella prohibición bárbara, este público mixto y nuevo, esta sociedad en formación no estaba apercebida para asimilarse donativo tamaño. Sabía deletrear malditamente en su lengua y desconocía las extrañas; carecía de preparación y libertades, de gusto y criterio. Y la novela es exigente, sólo aclimátase y medra en las civilizaciones hechas ya; sobre que en sí misma es la suprema florecencia de una civilización. Y aquí ocurre preguntar: ¿el descuido en que hoy la tenemos será indicio de que nuestra civilización anda por ahí lamentable y trunca?...

Malos vientos soplaron luego, en los primeros cincuenta años del XVIII, para la literatura hispana; creeríasela amodorrada o fenecida de una buena vez. Por lo que en la Colonia, sin embargo de que Carlos III, el soberano esclarecido de grata memoria, le levantara el entredicho y franquease la entrada en ella de libros peninsulares y libros extranjeros, la novela no daba trazas de apa-

recerse. «Los Sirgueros de la Virgen sin Pecado Original,» fábula pastoril inspirada en la «Galatea» de Cervantes, escrita en México en 1620 por el bachiller don Francisco Bramón, cancelario de la Universidad, al igual de las «Novelas Morales» publicadas en la Corte el 1624, de don Juan Piña Izquierdo, natural de Castilla, notario de la Inquisición en Madrid y notario apostólico y escribano real en Puebla, donde se avecinó por lustros, no son propiamente nuestras, mal grado que Bramón naciese en la Nueva España. Otro tanto habría que opinar acerca de las «Memorias para la historia de la Virtud,» novelón de cuatro tomos traducido por don Jacobo Villaurrutia y sacado a luz en Alcalá el 1752. En cambio, a este don Jacobo, oriundo de la Isla Española pero graduado en México, donde alcanzó a ser oidor, débesele la fundación de «El Diario,» hoja de menguados tamaños materiales que asiló trabajos literarios en prosa y verso, y sirvió de mucho, estimulando el cultivo de las letras, a formar el gusto del público de entonces.

Mejor ejecutoria luciría para ser considerado como el proto-novela mexicano, el presbítero don José González Sánchez, natural de estos reales, alumno de la Congregación de San Pedro y administrador del Hospital de Sacerdotes de México. Fué padre de una novela de amores pecaminosos, con introducción y todo, pero ayuna de mérito, que dedicó al doctor Pérez Cancio, y a la que puso fin el 20 de septiembre de 1760, según lo puntualiza nuestro don Francisco Pimentel, quien añade era la tal «una empalagosa relación de amoríos livianos, sin gracia, sin interés y sin importancia alguna, bajo la forma de un lenguaje rebuscado, altisonante, obscuro y pedantesco.» ¡Allá se las hayan, digo yo, don Francisco con su severa crítica, y mi presbítero don José González Sánchez con su engendro!

La verdad es que la primera novela genuinamente mexicana, la fundadora de aquel género entre nosotros, la precursora de cuantas la han seguido y puedan seguirla, es «El Periquillo Sarniento,» primogénito legítimo del malaventurado y genial escritor don José Joaquín Fernández de Lizardi, por otro nombre «El Pensador Mexicano.»

¡Agitada y azarosa fué la vida del «Pensador!» Nace en esta buena ciudad de México por el 1774—la fecha precisa nadie ha logrado averiguarla,—y según él mismo confiesa, cristianáronlo en la parroquia de Santa Cruz. Conforme a mis noticias, era mestizo, obscuro de color, completamente lampiño pero rico de pelo, carilargo, cenceño y nervioso, flaco de carnes y no muy ancho de